

les que aquellos á que se procuraba poner coto. El príncipe archicanciller Cambaceres habia resistido las falsas teorías de Napoleón, y hasta ahora le habia hecho desistir de ceder á su primer impulso. Pero no debia continuar victorioso por largo tiempo, sobre todo relativamente al abastecimiento de París. Mas numeroso, mas sensible el pueblo de la capital que otro alguno, situado mas cerca de los oídos de los soberanos, tiene el privilegio de conmoverlos mas y ocuparlos mas asiduamente. Napoleón habia empleado mucho años y muchos millones en crear en París una reserva de granos y harinas de quinientos mil quintales, que la administracion de lo interior habia dejado bajar á trescientos mil, cuando, distraida por otras atenciones, descuidó esta. No se podia pues abaratar el precio, derramando en el mercado de la capital las cantidades acumuladas por el Estado. Lo que faltaba mas no era el grano, sino la molienda. En vez de los treinta mil sacos diarios de harina que se habia proyectado tener para presentar cotidianamente en la alhóndiga una cantidad bastante, no se juntaban mas que diez y siete mil á lo sumo, y esto no bastaba para mantener á 70 ó 72 francos el precio del saco de harina, que propendia á subir á 120. Al precio del cual no se queria que se excediera, no quedaba otro arbitrio que el de resignarse á surtir á París del todo, siendo su consumo diario de mil quinientos sacos de harina, y para conseguirlo, se necesitaba, no solo agotar la reserva de granos, sino emplear medios extraordinarios con el fin de que se moliera. Poco escrupuloso Napoleón en los medios al tratarse de aplacar el hambre del pueblo de París y de impedir que

atribuyese sus padecimientos á la guerra, hizo requerir á todos los molinos del contorno, moler los granos de autoridad, y prohibir las compras de granos que se hacian en torno de la capital para Nantes y otras ciudades. No logrando, ni aun con sus procederés violentos, moderar el alza, que era tanto mas fuerte cuanto mas se segregaba el comercio, otorgó una indemnizacion á los tahoneros, para resarcirles de la diferencia entre el precio á que les obligaba á vender el pan y el precio efectivo que este pan les costaba. Se repartieron tambien de órden suya, y esto era mas legitimo, sopas gratuitas, siempre con el objeto de hacer callar, á expensas del resto de Francia, á aquel pueblo de París tan próximo al soberano y tan temido. Y entretanto amenazaba con no pararse en estas providencias, y hablaba de tasar los granos, si aumentaba la carestía. Ahora bien, una amenaza de esta especie bastaba para agravar el mal, alejando definitivamente la intervencion del comercio.

La formacion de las cohortes de la guardia nacional era otra de las causas de sufrimiento y murmuraciones. No parecia creible, y sin embargo, es verdadero, que Napoleón lleno de la idea de su poderío hasta el extremo de provocar sin necesidad un nuevo conflicto en Europa, estaba asediado por el pensamiento vago, confuso, pero incesante de un gran peligro; y que, por ejemplo, sus precauciones en punto de fortificaciones se fundaban todas en la probabilidad de una invasion del territorio de Francia, prueba de la deplorable lucha que la pasión y el genio sostenian dentro de su alma. Iluminándole á ratos el genio, bien que arrastrándole la pasión habitualmente, no camina-

ba á su objeto fatal menos en derechura, agitado á veces, mas nunca retenido. En semejante situacion de ánimo habia discurrido que no bastaba con cierto número de cuartos batallones, incompletísimos al ser retirados de España, completados en Francia con parte de la quinta de 1812 y destinados á crear entre el Rhin y el Elba una poderosa reserva; que no bastaba con que ciento treinta quintos batallones formaran, segun se ha visto, los batallones de depósito, llenos con los quintos de 1811 y de 1812, y constituyendo otra reserva de las mas imponentes en lo interior del imperio, y habia querido añadirles cieno veinte mil hombres efectivos, sacados á título de primer llamamiento de la Guardia Nacional, organizados en cohortes, y tomados de los mozos sorteados en las quintas de 1809, 1810, 1811 y 1812, á treinta mil hombres de cada una. Para persuadirles de que no eran mas que guardias nacionales, se les prometió que no saldrian de sus departamentos, mas no lo creian de ningun modo, y se consideraban simplemente como conscritos de los cuatro años anteriores, libres de toda obligacion segun las leyes, y á pesar de todo reclamados nuevamente para *ser enviados al matadero*, segun á la sazón se decia. Asi esta última providencia, cuya utilidad era desgraciadamente positiva, aunque no palpable, y que demostraba en cuánto peligro habia puesto Napoleon su existencia y la nuestra, produjo una irritacion general en Metz, Lila, Rennes, Tolosa y otras grandes ciudades de Francia. En casi todas ellas hubo verdaderos motines. Hasta en París los estudiantes, animados comunmente de sentimientos belicosos, expresando ahora las disposiciones pa-

eficas de la nacion con la vivacidad de sus años, lanzaron en las aulas públicas gritos sediciosos contra las nuevas levas de gente y ahuyentaron con violencia á los individuos de policia, calificándolos con el apodo execrado de *soplones*.

Acrecentándose mas estos padecimientos de todas clases, Napoleon renovó en los departamentos el uso de las columnas movilizadas para hacer ejecutar las leyes de la quinta. La masa de prófugos, disminuida el año anterior de sesenta mil á veinte mil hombres, habia vuelto á subir á cuarenta ó cincuenta mil ahora, de resultas de los llamamientos numerosos hechos en los últimos tiempos. Otra vez se trataba de disminuirlos, capturando unos veinte mil hombres, para llenar los cuadros de los regimientos de las islas. De aqui se habian de originar nuevos vejámenes, nuevos clamores, nuevas causas de irritacion. Segun se ha referido anteriormente, los militares de las columnas movilizadas se establecian en las casas de las familias de los prófugos, y les exigian alojamiento, comida y dietas de muchos francos al dia, reduciéndolas á menudo á la mayor miseria. Departamento hubo, donde se arrancaron de esta suerte sesenta, ochenta y aun 100,000 francos á las familias mas pobres. Algunos prefectos elevaron reclamaciones, pero los mas guardaron silencio, y diéronse á ejecutar la ley á todo trance. Si en Francia, cuya grandeza al menos indemnizaba de tales angustias, se sentian tan vivamente, en los países recientemente conquistados que en el auge de Francia no podian ver mas que un medio de que su esclavitud se perpetuase, produjeron un efecto funesto. En el Haya, en Rotterdam, en Ams-

terdam hubo motines con ocasion de la quinta. En el Ost-Frise fué asaltado y puesto en fuga el prefecto que dirigia personalmente las operaciones del sorteo. Habiendo intercedido el príncipe Lebrun, gobernador de Holanda, en favor de los delinquentes, se expuso á ser reprendido en áspero tono por su flaqueza. Napoleon quiso que algunos infelices, fusilados con aparato, sirvieran de escarmiento á los que trataran de imitarles; triste escarmiento que les enseñaba á someterse en el instante, para lanzarse contra nosotros cuando se nos viniera encima toda la Europa.

Aun era mayor en los departamentos anseáticos la repugnancia al sorteo de soldados y de marinos, pues si Holanda podia esperar ciertas ventajas de su agregacion al imperio, para las ciudades de Brema, de Hamburgo y Lubeck, puertos naturales de Alemania, no habia conveniencia alguna en pertenecer á Francia, y así tan ajados estaban sus intereses como sus sentimientos. Se les habia asustado, mas no sometido, fusilando á un pobre patron de barco, que habia llevado viajeros á Heligoland. De noche se cubria la ciudad de Hamburgo de pasquines injuriosos, que no se daba mano á hacer desaparecer la policia. Como ya hemos dicho, la poblacion toda auxiliaba no solo la desercion de los alemanes, italianos y españoles á nuestro servicio, sino la de los mismos franceses, y los trataba como amigos tan luego como abandonaban las filas. Les daban albergue de dia, les guiaban de noche, les hacian pasar los rios en barcas, y les daban de comer de valde para que se restituyesen á su patria.

Parcialmente se habian insurreccionado los re-

gimientos anseáticos, compuestos de los antiguos soldados al servicio de Hamburgo, de Brema, de Lubeck, entre los cuales se introdujo cierto número de oficiales franceses. Algunas compañías de estos regimientos, empleadas en guardar las extraviadas playas del mar del Norte, violentando á los oficiales fieles, se apoderaron de las barcas de los pescadores, y se refugiaron á la isla de Heligoland. Necesario fué volver á enviar hácia lo interior al mas sospechoso de aquellos tres regimientos, el 42.^o, y colocarle en medio de tropas seguras, bajo la mano del mariscal Davout. Nada se decia que moviese á satisfaccion suma respecto de las tropas holandesas, ni de las tropas westfalianas, aunque estas últimas fuesen objeto por parte del rey Gerónimo de no interrumpidas atenciones. En Brunswick, ciudad populosa, echándose de menos á su antiguo duque, hubo una conmocion de la cual salieron maltratados muchos soldados. Intervino el rey Gerónimo para que los delinquentes fueran castigados con menos rigor, á lo que respondió Napoleon con una orden del dia, por cuya virtud todo delito cometido contra el ejército francés debia ser juzgado al punto por comisiones militares compuestas únicamente de oficiales franceses (4).

Trasladándose del Norte al Mediodia del imperio, por ejemplo, á Italia, no se hallaban mejores disposiciones. Ninguna libertad politica, poca independencia nacional, un yugo menos desagradable que el de los austriacos, si bien rigoroso á su

(4) Todo lo precedente está extractado de la correspondencia del mariscal Davout, y de los partes de policia del duque de Rovigo.

modo, la quinta, las guerras incesantes, la privación de todo comercio, los disturbios con la iglesia, acababan por convertir en enemigos de Francia á los italianos, que al principio se entregaron á ella como á porfia. Verdad es que en Lombardía, donde el gobierno del príncipe Eugenio se mostraba suave, equitativo, regular, donde por otra parte se reemplazaba al gobierno durísimo del Austria, se gozaba de bastante sosiego; verdad es que el Piamonte (con excepción de Génova que suspiraba por que se abrieran al fin los mares) todos se iban habituando á Francia, y se le perdonaba algo mas que en otros puntos el que fuese tan belicosa; pero en Toscana, donde se tenía horror á la guerra, donde siempre se había vivido bajo un gobierno italiano, suave, prudente, filósofo, donde empezaba á reinar el espíritu de la Italia Meridional, donde ejercía el clero cierta influencia; en Roma, donde el pueblo se mostraba inconsolable por haber perdido el papado, donde la antipatía á los soberanos ultramontanos era tan marcada como en la Calabria, el odio tan poco disimulado allí como en el resto del imperio, una derrota podía dar margen á un general levantamiento. Para producirlo bastaba que se presentase las mas reducida tropa de ingleses.

Estos sentimientos, divulgados en tan diferentes países, sin duda no eran repercutidos por el espejo de la publicidad cotidiana, que, aumentando los objetos, obliga á verlos hasta á aquellos que los quisieran pasar por alto; para sí los abrigaba cada uno, pero, al saber por las relaciones de comerciantes y de viajeros, que en tal ó en cual provincia se experimentaban las mismas angustias,

echaba mas raíces el odio, y arreciaba la tempestad sin ser descubierta. Ciertamente Napoleon tenía sobrada tensión de espíritu para que se le escondiera semejante estado de cosas, pero, lejos de deducir que había necesidad de no agrávarlo con una nueva guerra, lejos de raciocinar como á la vuelta de la campaña de Wagram, cuando pensó un instante en dar la paz á la Europa y calmarla del todo, deducía que era urgente la guerra de Rusia, á fin de comprimir los levantamientos próximos á estallar en 1812, según lo había hecho en 1809. Después de conquistadas la paz y la dominación universal, se ocuparía en dulcificar su gobierno, y en hacerlo cómodo para los pueblos tras de haberlo hecho tan glorioso. Raciocinaba pues al modo de ciertos corazones azeados al vicio, conociendo que era menester dejarlo, deseándolo sinceramente, bien que dilatándolo de día en día, de suerte que para ellos acaba la existencia antes de que hayan tenido tiempo de enmendarse. Solo era sensible Napoleon á los clamores de París, á los gritos del hambre popular que vibraban en sus oídos, y por esta razón se había ido á Saint-Cloud á buscar no menos que con un mes de anticipación la primavera.

A pesar del servilismo creciente en torno suyo, y que se mostraba mas humildemente admirador á medida que las faltas iban siendo mayores, notaba en cierta contracción de semblantes, en cierto silencio, que se temía la nueva guerra, á la cual parecía precipitarse, y se impacientaba, por decirlo así, de que no se le presentasen objeciones, que adivinaba por que se las dirigía á sí mismo, y contestaba á menudo á gentes que no decían

ni palabra y á quienes jamás habian ocurrido las tales objeciones, ó que, si habian pensado en ellas, nunca se hubieran atrevido á declararlas de plano. Sin embargo, entre los personajes de mas importancia habia uno, el archicanciller Cambaceres, á quien hacia ya mucho tiempo, segun hemos tenido ocasion de notar, que no hablaba sino de los asuntos interiores, sobre los cuales le consultaba de buen grado, y á quien evitaba hablar de los negocios extrangeros, pues sobre esta materia, sin desdeñar su dictámen, sabia que le era contrario. Con este grave personage tuvo dos ó tres conferencias sobre la próxima guerra de Rusia: el archicanciller, á pesar de su timidez, que no llegaba hasta el extremo de hacer traicion á un soberano á quien amaba sinceramente, induciéndole á engaño; esforzóse por disuadirle de tal empresa: le halló mas fatalmente determinado que convenido de veras, y como arrastrado por una necesidad irresistible. Napoleon díjole como á todos, que, fuese lo que fuese, tarde ó temprano habria que venir una vez mas á las manos con Rusia, batida pero no anonadada, y á la cual era necesario descargar un nuevo golpe, á fin de acabar de someterla; y que, pues era necesario, en la tardanza estaba el peligro; que eran completas sus facultades personales, sus ejércitos soberbios, y que preferia imponerse esta ruda tarea ahora que aun era jóven á haberla de desempeñar cuando se sintiera viejo y debilitado: que, á mayor abundamiento, preferia tomarla sobre sí á legársela á su sucesor, que no era mas que un niño y probablemente no tendria su suficiencia; que la suerte estaba echada, y haria lo que creyera que debia po-

ner por obra, y que Dios sobre todo. Por lo demas, no se ocultaban á Napoleon las dificultades de la empresa, antes bien declaraba textualmente que no era guerra para improvisada y llevada de prisa, como tantas otras que habia acometido y rematado velozmente; que era asunto cuando menos de dos campañas; que se engañaba quien creyera que iba á engolfarse de pronto en llanuras silvestres, taladas segun todas las verosimilitudes, para caer en garras del hambre y del frio; que este año avanzaria lo mas hasta el Dwina y el Daieper; que trataria de establecerse alli ante todo, de fortificarse, de crear inmensos almacenes, y que al otro año avanzaria mas lejos y descargaría el golpe mortal sobre Rusia.

Dudando mucho que tuviese la paciencia necesaria, el principe Cambaceres, despues de insistir sobre las dificultades de esta guerra, hablóle tambien de las disposiciones de Alemania, de la cual hacian todas las relaciones una alarmante pintura, y de lo escasamente que se podia contar con la constancia de los pequeños principes alemanes aliados suyos, con la franqueza de Austria, con la fuerza del rey de Prusia para satisfacer sus compromisos. Napoleon ratificó de quiméricos los temores que le expresaba su prudentísimo consejero. Dijo que los pequeños principes alemanes habian ganado territorios que no podrian conservar sin su prepotencia, y que esto bastaba para retenerles en su alianza; que Austria, á trueque de recuperar la Iliria, se hallaba resignada de antemano á cuanto exigiera de ella; que Prusia, trémula y sometida, seria fiel por miedo al terrible castigo á que una traicion la expondría; que, en todo

caso, tomadas tenia sus precauciones, y que una potencia armada y acampada junto al Elba le daría razon de todas las malas voluntades, manifiestas ú ocultas, que dejase á su espalda.

Evidentemente Napoleon se daba por comprometido consigo propio y con el mundo á perseverar en su funesta empresa, sucediera lo que sucediese, y salia de algunos instantes de vacilaciones tornando la mente á los increíbles triunfos de su vida, y á las esperanzas de dominacion universal que aun le autorizaban á concebir los tales triunfos. De consiguiente la insistencia era ociosa, y, segun las instituciones vigentes, no habia mas que bajar la cabeza, con dolor si se amaba á Napoleon, con desesperacion si se amaba á Francia.

No haciendo caso alguno de estas ligerisimas resistencias, apresuróse Napoleon á dedicarse á sus últimos negocios, para salir de París al primer movimiento de los rusos. Salvo los carros que iban un poco atrasados, todo se desarrollaba á medida de su deseo, y antes de mayo, y sobre todo antes de junio, podia contar con tener cuanto habia ordenado para la tremenda lucha á que se lanzaba. Su tesoro, al menos por entonces, se hallaba en estado de hacer frente á sus inmensos gastos. Sus presupuestos, reducidos sistemáticamente al guarismo de 740 ó 770.000,000 (860 ú 890 con los gastos de recaudacion) se habian elevado de pronto á cerca de 950.000,000 (1.070,000 con los gastos de recaudacion). Este aumento era debido en parte á la incorporacion de los Estados romanos, de Iliria, de Holanda y los departamentos anseáticos. Proporcionádole habian los Estados romanos un aumento de ingresos de 12.000,000,

la Iliria de 11, la Holanda de 55, los departamentos anseáticos de 20, lo cual sumaba un total de cerca de 100.000,000, sin que los gastos hubieran subido hasta igual suma. Efectivamente, gracias á la reunion de todas estas administraciones á la de Francia, ya dotada con largueza, se suprimieron ó disminuyeron muchos gastos. Solamente Holanda costaba mas de lo que producía, á causa de su deuda, que del producto de 55.000,000 absorbía 31 próximamente.

A los 100.000,000 poco mas ó menos, que acabamos de enumerar, habian añadido ademas los rendimientos de aduanas unos 60.000,000 de renta, lo cual debian á la famosa tarifa del mes de agosto de 1810, que permitia la introduccion de los géneros coloniales mediante un derecho de 50 por 100. Asi en 160.000,000 se habian podido aumentar los ingresos, y resultaba déficit á pesar de todo. No se debía achacar á los gastos de los paises reunidos, pues, segun acaba de verse, estos gastos no igualaban al nuevo producto, sino á la guerra. Los dos ministerios del personal y del material de la guerra, que en 1810 absorbían el primero 250.000,000, el segundo 150, total 400, habian exigido en 1811 cerca de 480, y pronto debían exigir mas de 500. La marina, antes costada con 140.000,000 iba á costar 170 de resultas de la reunion de las marinas holandesa y anseática. Asi los nuevos recursos quedaban absorbidos con mucho por los gastos de la administracion militar. Verdad es que al aumento de ingresos de 160.000,000, cuyo origen hemos detallado, habia que añadir otro recurso, bien que accidental y debido igualmente á las aduanas. Háse visto cómo

se confiscaron muchos géneros coloniales cogidos en fraude, cómo se apresaron y vendieron en beneficio del tesoro no pocos buques americanos y otomanos, acusados de contravención á los decretos de Berlin y de Milan, y porción de lanas pertenecientes á ilustres familias españolas proscritas: háse visto en fin, cómo se había permitido en Francia, mediante un 50 por 100, la introducción del cúmulo de géneros coloniales existentes en Holanda, en Holstein, antes de las últimas leyes del bloqueo continental. Todos los productos procedentes de estos diversos orígenes se habían reunido bajo la sola denominación de *productos extraordinarios de aduanas*, y percibidos se elevaban á 150.000,000, que debían suplir el dinero que proporciona el crédito al país que lo tiene. De esta suma añadió Napoleon cerca de 90 000,000 para pagar los residuos de los presupuestos anteriores, y así no quedaba atrasado ninguno, lo cual daba al movimiento de las cajas una facilidad muy grande y muy apreciable en el momento en que se iba á remover tan enorme cantidad de hombres y de cosas. Por consiguiente le quedaban unos 60.000,000, y además su haber extraordinario, que, después de todas las dotaciones concedidas y de todas las sumas gastadas en obras públicas, aun se elevaba á cerca de 340.000,000 incluyendo los productos de la última guerra de Austria. Sin duda se recuerda que de estos 340.000,000 había prestado 84 al tesoro, al suprimirse las obligaciones de los recaudadores generales; en dinero contante conservaba 85, la mayor parte de ellos en las bóvedas de las Tullerías, en valores perfectamente líquidos 38, y por último 132 en obligacio-

nes de Westfalia, de Sajonia, de Baviera, de Rusia y de Austria. Con estas últimas sumas no se podía contar sino después de la victoria, y tampoco se debía enumerar como recurso la cantidad prestada antes al tesoro. Seguros y del todo disponibles tenía 85.000,000 en dinero contante, 38 en buenos valores, esto es, 123.000,000 ó casi 100, agregando los 60.000,000 todavía existentes en la caja extraordinaria de aduanas. Con un presupuesto de ingresos, que permitía destinar 500.000,000 á los dos ministerios de la Guerra y 160 al de Marina, con una suma de 180.000,000 efectivos en una caja de reserva, con una deuda casi nula, y cubierto ya todo atraso, se podía considerar suficientemente provisto, con especialidad si la guerra, que Napoleon creía hacer felizmente, llegaba á sostener la guerra. Así podía asalariar regularmente una fuerza que, con el último llamamiento hecho á los guardias nacionales, iba á exceder de un millón y doscientos mil hombres, de los cuales novecientos mil eran franceses. Y si se pregunta cómo podía sostener con quinientos millones á novecientos mil hombres, haremos notar que había trescientos mil en la Península que no costaban más que cuarenta millones al tesoro, suministrando el resto la España, ya en contribuciones de guerra, ya en especie tomada sobre el terreno (1); que ha-

(1) En 1810 y 1811 el ejército de España había costado en gastos calculables 465.000,000 de los cuales había pagado España en contribuciones 88 y el tesoro francés 77. Además España había suministrado cuanto se cogió en especie sobre los lugares, y todas las contribuciones disimuladas por sus exactores. Este es el resultado de una laboriosísima cuenta hecha por el ministro del Tesoro y presentada á Napoleon.

bia en Iliria (1) y en Alemania cierto número de soldados, que recibían del país una parte de su subsistencia, como por ejemplo las tropas residentes en Westfalia; y que finalmente los gastos y los valores de aquel tiempo eran muy diferentes de los de ahora. Tales eran los recursos rentísticos de Napoleón, perfectamente adaptados á sus recursos militares; pero unos y otros amenazados siempre, á causa del uso inmoderado que se disponía á hacer de ellos.

Dando la última mano á los asuntos interiores naturalmente se había Napoleón ocupado mucho en otros negocios exteriores que los de Rusia, los cuales se iban á arreglar con las armas. A la sazón el principal de todos era el ajuste próximo á celebrarse con América y en contra de Inglaterra. Nada tenía mayor importancia, y nada ponía más de manifiesto cuanto erraba en ir á buscar en una guerra al Norte los medios de reducir á los enemigos que se había concitado en el mundo. A pesar de los triunfos de lord Wellington en España, había se agravado aun más la situación de Inglaterra. Ya el papel moneda perdía el 48 por 100: los géneros coloniales se habían envilecido hasta el extremo de que por ejemplo, los azúcares que se vendían en París á seis francos la libra, apenas valían seis ó siete sueldos en Londres. Cubierto se hallaba el Támesis de buques cargados y convertidos en almacenes. De seiscientas á setecientas habían subido á

(1) Decimos Iliria, y no Italia, porque las tropas de Italia estaban pagadas íntegramente por el tesoro francés, mediante un subsidio anual de 20.000,000 que percibía del reino de Italia, y se hallaba agregado al presupuesto del imperio.

dos mil las quiebras anuales de Londres. Una nueva baja había experimentado el crédito, y de resultas de todas estas causas las fábricas, prósperas al principio, habían parado del todo. De trabajo carecían los jornaleros, y pesando, para colmo de desgracia, sobre Inglaterra la carestía casi tanto como sobre Francia, el pueblo tenía menos recursos para pagar su pan y cabalmente cuando se vendía más caro. Casi en todas las provincias corrían los campos bandas hambrientas destruyendo los telares. Así la salida abierta por Rusia al comercio británico en el continente y por la cual Napoleón le reconvenía, no había cambiado sensiblemente la situación de Inglaterra. ¿Y qué hubiera acontecido, si prolongando algún tiempo más semejante estado de cosas, se lanzara sobre lord Wellington parte de las fuerzas que se iban á meter por entre las nieves del Norte?

A punto estaba el gabinete británico de agravar todavía más estos males con su extravagante porte respecto de América. Si se exceptúan las colonias españolas, francesas y holandesas, que ofrecían un desembocadero casi nulo, por consecuencia de la acumulación de mercancías que allí se había formado, la América del Norte era el único gran país que había quedado accesible al comercio británico. Allí enviaba Inglaterra por valor de 200 á 250.000,000 de sus productos, y de ellos sacaba casi igual suma. Mercado utilísimo era este para su comercio y su industria en semejante estado de cosas, fuera de que entre los productos con que pagaba á la América había muchos géneros coloniales, que de una manera ú otra acababan los americanos por introducir en el continente á pesar

de los rigores del bloqueo. De consiguiente razon habia para que Inglaterra tratase á América con contemplaciones. Lejos de esto se portaba respecto de ella á semejanza de Napoleon con los estados del continente, extraviada como él por la pasion y por el orgullo de sistema. Sus famosas órdenes del consejo, á las cuales Napoleon opuso sus decretos no menos famosos de Berlin y Milan, originaban la disputa, que estaba á punto de convertirse en guerra declarada.

Recordaremos una vez mas que Inglaterra, con sus órdenes del consejo, habia bloqueado desde luego (por medio del *bloqueo sobre el papel*) todas las costas del imperio francés y de sus aliados, y exigido despues que, para penetrar en ellos, se fuese al Tamesis á pedir la licencia de navegar y á satisfacer el derecho fijado para obtenerla, á lo que Napoleon respondió declarando desnacionalizado y de buena presa todo buque que se sometiese á semejante dictadura. Se ha visto que los americanos, para librar sus buques de estadoble violencia, les prohibieron al principio, en virtud de la *ley de embargo*, frecuentar las costas de Europa, y que luego limitaron esta prohibicion á las costas de Francia y de Inglaterra, añadiendo que esta medida seria revocada respecto de cualquiera de estas dos potencias que renunciara á su sistema de rigores. Conduciéndose Napoleon con hábil mesura en este punto, habia renunciado á sus decretos de Berlin y Milan relativamente á los americanos, y dijo que habia obrado de este modo con la esperanza de ver á los americanos defender al cabo su pabellon contra los que le hacian ultrage. En respuesta á esta prudente conducta los americanos al-

zaron la prohibicion respecto de Francia, la mantuvieron respecto de Inglaterra, y sobre este asunto se hallaban á la sazón los americanos y los ingleses en abierta disputa.

Si la razon inspirara á Inglaterra, debiera imitar la conducta de Napoleon pura y simplemente, revocando sus órdenes del consejo y permitiendo á los americanos comunicarse con Francia. De seguro el bien que de esto resultase para nosotros no podia igualar al que recibieran los ingleses. Sin duda pagaríamos á menos precio el azúcar, el café, y lo que era mas importante, el añil, el algodón, tan útiles á nuestras manufacturas; pero una parte del azúcar, del café, del algodón introducidos en Francia, hubieran venido de las colonias inglesas. Ahora bien, si el alto precio de los géneros coloniales era para los franceses una molestia, su hacinaamiento era para los ingleses una calamidad. Por tanto Inglaterra ganara mas que Francia en permitir que circularsen libremente los americanos; pero, prevaleciendo hasta la locura el espíritu de dominacion marítima en los ministros ingleses, como el espíritu de dominacion continental en Napoleon, solo introdujo Inglaterra algunas ligeras modificaciones en sus órdenes del consejo, en vez de revocarlas del todo. Asi cesó de exigir que los americanos fueran al Tamesis á pagar tributo; pero declaró bloqueados los puertos del imperio francés desde las bocas del Ems hasta las fronteras de Portugal, desde Tolon hasta Orbitello. Siempre era la pretension del bloqueo ficticio, ó *bloqueo sobre el papel*, consistente en querer cerrar playas y puertos que no habia posibilidad de bloquear realmente con una fuerza efectiva.

Los americanos respondieron que esto no era restablecer el derecho comun de los neutrales, pues este derecho rechazaba absolutamente el bloqueo ficticio, y declararon que persistiendo Inglaterra en parte de sus órdenes del consejo, ellos persistirian en su *ley de embargo*, aunque hubiesen desistido respecto de Francia. Con argumentos miserables replicaban los ministros ingleses á las razones de los americanos. Pretendian que los franceses no habian renunciado formalmente á los decretos de Berlin y de Milan; que la renuncia hecha no era auténtica en la forma; que por otra parte aun eran detenidos muchos buques americanos á la entrada de los puertos franceses, lo cual era positivo é inevitable por haber permitido Inglaterra el establecimiento de una fábrica de falsos papeles que exigia grandes precauciones; que finalmente los americanos no habian exigido de Francia la facultad de introducir allí los productos de la industria británica, lo cual era pueril, porque si los americanos se fundaban al pedir que bajo su pabellon no se apresasen las propiedades inglesas, no podian exigir que Francia admitiera los productos ingleses que su sistema comercial rechazaba. Estas razones eran insostenibles, y los americanos las consideraban como tales. Otro error de Inglaterra, infinitamente grave y renovado todos los dias con tanta audacia como violencia, hacia inminentes con América las hostilidades. Bajo pretexto de que muchos de sus marineros, por librarse de las cargas del servicio de guerra, emigraban á las regiones americanas, prescribia que se visitasen todos sus buques, lo cual es siempre licito á los de guerra, cuando se reduce la visita á comprobar la sinceridad

del pabellon, mas nunca de otro modo, y se aprovechaba de esta coyuntura para llevarse todos los marineros que hablaban la lengua inglesa. Ahora bien, hablando las dos naciones el mismo idioma, acontecia que se apoderaba casi de tantos marineros americanos la marina británica como de marineros ingleses, y de consiguiente ejecutaba la *presa* no solo sobre los súbditos británicos, sino sobre los súbditos extrangeros, abusando de la identidad de idioma debida á la identidad de origen. Muchas veces la resistencia de los buques americanos produjo colisiones en el mar que resonaron en la América toda. Asi la exasperacion llegaba á su colmo, y los espíritus previsores creian inevitable la guerra.

De aqui sacaba la opinion inglesa cargos numerosos y justos contra el gabinete, y uno de los mas insignes oradores de Inglaterra, lord Brougham, en toda la fuerza de la juventud y del talento, anonadó á los ministros, demostrándoles hasta qué punto su sistema marítimo se resentia de insensato. Efectivamente, mientras se obstinaban en sus órdenes del consejo respecto de los americanos, bajo pretexto de impedir las comunicaciones con Francia, autorizaron, por virtud del sistema de licencias, á una porcion de pequeños pabellones suecos, noruegos, prusianos, para comunicarse con Francia, de suerte que la marina mercante inglesa era sustituida con estos pequeños neutrales, á los cuales se permitia por excepcion lo que se negaba á los grandes neutrales, es decir, á los americanos, que podian invocar en su favor el derecho de las naciones. Ademas el hábito de disimular su origen, introducido por el

sistema de las licencias, habia dado margen á una multitud de subterfugios y propagado entre los comerciantes prácticas inmorales, que eran alarmantes de veras.

Sin duda la oposicion exageraba las faltas del gabinete, como acontece á menudo, ó no las caracterizaba siempre con exactitud bastante; pero las atacaba con legítima violencia. Expresado hubiera la verdad completa y exacta, diciendo que el interés de Inglaterra consistia en abrirse el acceso de todo el mundo, al par que el interés de Napoleon estribaba en cerrárselo; que dando á Francia el azúcar, el café, el algodón á precio mas barato, se hacia Inglaterra cien veces menos bien que el que alcanzaba para sí propia al derramar fuera lo superabundante de sus almacenes. Consistiendo su interés en abrirlo todo, y el de Napoleon en cerrarlo, era una conducta soberanamente disparatada obstinarse en sus órdenes del consejo, prepararse así la mas molesta de las privaciones, la de las relaciones con América, y además una guerra peligrosa hasta lo infinito, si á esta guerra se venia á juntar un nuevo triunfo de Napoleon en las llanuras del Norte.

Irritada la ciudad de Londres en el mas alto grado, presentó una peticion al principe de Gales, regente hacia un año, para solicitar la destitucion de los ministros, y gran parte del comercio apoyó con sus votos esta instancia atrevida. El principe de Gales, á cuyo poder se pusieron restricciones por término de un año, acababa de entrar en plena posesion de las prerogativas de la corona, y todo anunciaba que gozaria definitivamente de ellas, no ofreciendo esperanza alguna de mejoría

la salud de Jorge III, su padre. Aun cuando se hubiese acostumbrado á los antiguos ministros de éste, y casi indispuerto con los hombres de Estado, á quienes tuvo pensamiento de hacer ministros suyos, hubiera querido reunir á unos y otros en un ministerio de *coalicion* con el fin de dar alguna satisfaccion á la opinion pública violentamente excitada. Por desgracia el marqués de Wellesley, hermano de lord Wellington, y ministro de Negocios Extranjeros, casi acababa de dejar su cartera, y no por algun especial motivo, sino solo á causa de no poder simpatizar por mas tiempo con el carácter estrecho y violento de Mr. de Perceval, verdadera exageracion del carácter de Mr. Pitt, con sus faltas y sin sus talentos. Por tanto era muy poco probable que, si el marqués de Wellesley, espíritu ingenuo, tan flexible como elevado, perteneciente al mismo partido que Mr. de Perceval, no habia podido simpatizar con este ministro, se le llegasen á unir Mrs. Grenville y Grey, gefes del partido contrario, poco manejables uno y otro, con el orgullo de una gran posicion y la arrogancia de convicciones muy arraigadas. Además les dividia absolutamente la grave cuestion de la emancipacion irlandesa. De todas las partes de Inglaterra era la mas infeliz la Irlanda. Su estado de sufrimiento exigia que, por precaucion, se dejasen allí tropas, que en Portugal se pudieran emplear con harto mas provecho. Inflexible la oposicion sobre este punto, sostenia apasionadamente que el último medio de calmar la Irlanda y de tener disponibles las tropas dedicadas á su custodia, era emanciparla, es decir concederla igualdad de derechos con todas las partes del